

El rescate de la Virgen

Thriller de misterio

- EXTRACTO -

Diego Marquéz

2026

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almeria,
España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción o el uso de cualquier parte de
este libro sin la autorización expresa y por
escrito del autor.

Publicado en España

Tabla de contenido

La sombra en el presbiterio	3
El peso del silencio	8
El camino a través del ojo de la tormenta	12
El silencio de la pared.....	16
El legado bajo el suelo.....	19

La sombra en el presbiterio

El olor a incienso antiguo flotaba pesado en el aire de la iglesia, mezclado con la nota opresiva del miedo y la tormenta que se avecinaba. Era un olor que ya no recordaba a consuelo, sino al final de una era.

El capellán Antonio Cuesta López estaba ante el altar de la „Pequeñica“, la pequeña Virgen que durante siglos había sido el corazón de Albox. Sus manos temblaban mientras tocaba las finas telas que rodeaban la estatua. Fuera, el mundo parecía haberse salido de sus goznes. Se escuchaba el grito lejano de las milicias, el pisotón rítmico de las botas sobre el empedrado y el estallido de disparos que sonaban demasiado cerca.

Antonio sabía que este era el último momento. La noticia se había extendido como la pólvora por el pueblo: las milicias avanzaban, decididas a borrar cualquier símbolo de la "antigua fe". Si llegaban a la iglesia, no solo destrozarían el altar; destrozarían o quemarían a la Pequeñica como epítome de lo que despreciaban.

Su corazón martilleaba contra sus costillas tan fuerte que temía que alguien en los últimos bancos pudiera oírlo. Pero la iglesia estaba vacía. Los fieles se mantenían ocultos, las puertas estaban cerradas a cal y canto, como si

pudieran mantener fuera la tormenta de la historia.

Antonio tomó un paño de lino grueso que sacó con cuidado de debajo de su sotana. Su respiración era entrecortada. Cada sombra en la nave de la iglesia parecía moverse, cada tabla crujiendo sonaba como un disparo de advertencia. Era un hombre de fe, pero esa noche se sentía como un ladrón en su propia casa de Dios.

Con un movimiento que había ensayado cientos de veces en su mente, soltó la fijación de la estatua. Cuando sus dedos tocaron la superficie fría y lisa de la Pequeñica, se detuvo. Por un momento, solo hubo silencio, un silencio tan profundo que el tictac del reloj en la pared se percibía como el golpe de un martillo. No podía permitir que fuera destruida.

Reemplazó la estatua real por una copia que había hecho fabricar en semanas de laboriosa preparación en un taller oculto. La copia se veía casi idéntica, engañosamente real en su forma, pero le faltaba el brillo misterioso que poseía el original. Colocó la copia cuidadosamente sobre el pedestal, ajustó el manto y dio un paso atrás. El sudor le corría por la nuca mientras observaba cómo la débil luz de las velas votivas bailaba sobre la madera del señuelo. Tenía que bastar.

Tenía que ser así.

Envolvió a la verdadera Pequeñica en el paño de lino. Era más pesada de lo que recordaba, una carga que no solo consistía en materia, sino en la esperanza de todo un pueblo. Presionó el bulto contra su pecho como si fuera su propia vida. La huida de la iglesia se sintió como caminar a través de un campo de minas. Cada paso estaba calculado, cada ruido era una tortura. Conocía el camino a través de la sacristía, a través de los pasillos ocultos que solo los siervos de Dios conocían. Afuera esperaba la noche, una oscuridad más negra de la que jamás había visto antes.

El contrabando era un ejercicio de equilibrio sobre la cuerda floja. La estatua, empaquetada de forma segura y envuelta en varias capas de tela, debía pasar por los callejones de Albox controlados por las milicias. El frío de la noche se le metió en los huesos mientras se movía a la sombra de los muros. Su objetivo no era su propio hogar, eso habría sido demasiado peligroso. Tenía que llevarla a un lugar que ofreciera refugio y escondite a partes iguales. El convento era su única esperanza. En aquella época servía como hospital de guerra, un lugar donde los horrores de la guerra civil se hacían visibles en sangrientos detalles.

Cuando llegó al convento, le golpeó el olor a desinfectante, cuerpos sin lavar y soldados moribundos. Las peticiones de auxilio de las salas, que antaño fueron lugares de silencio, resonaban por los pasillos. Antonio se abrió paso entre las camas que estaban apretadas una junto a otra. Sabía que aquí nadie buscaría a un capellán que cargara una estatua. Había localizado un escondite oculto detrás de una de las paredes interiores, un lugar donde antes se encontraban los suministros para el invierno. Allí, entre viejas vigas y cajas polvorientas, acostó a la Pequeñica.

Esto era solo el principio. Sabía que los años venideros serían una prueba que sacudiría los cimientos de su fe. Mientras afuera la guerra rugía y el mundo ardía en llamas, la Virgen descansaba en la oscuridad del convento, oculta de los ojos de aquellos que querían aniquilarla. Antonio abandonó la habitación, se secó el sudor de la frente y regresó al hospital, listo para apoyar a los moribundos como capellán, mientras guardaba en su corazón el secreto que significaría la victoria sobre el odio.

El peso del silencio

Marina Fernández sabía que en estos días una compra sencilla no era una compra sencilla. En los callejones de Albox, donde antes el bullicio de los campesinos y artesanos marcaba el ritmo de la vida, reinaba ahora una incertidumbre paralizante. Cada susurro era una traición potencial, cada sombra podría ser un espía. Para Marina, que como maestra había enseñado a los niños del lugar, la escuela se había convertido hace tiempo en un lugar de silencio. Pero su verdadera tarea había cambiado. Se había convertido en la guardiana de un secreto que pesaba tanto como la fe de todo un pueblo.

Se sentaba a la mesa de su cocina en la "Casa Flora". Ante ella había una cesta de la compra sencilla, hecha de mimbre. Se veía común, casi trivial, y esa era precisamente su mayor fortaleza. Marina había pasado semanas estudiando los movimientos de las milicias. Sabía cuándo cambiaban las patrullas, en qué esquinas los vigilantes estaban más distraídos y dónde caían más largas las sombras de las casas sobre el camino. Era una planificación que no podía hacerse de paso; se asemejaba a una maniobra al estilo ajedrez, en la que cada campo podía pagarse con la vida.

Comenzó a preparar la cesta. Primero puso un

pañó grueso y oscuro, cuya textura rugosa absorbía la luz. Encima colocó una capa de productos frescos del mercado: unas cebollas secas, un puñado de alubias, un trozo de pan arrugado. Era un camuflaje que debía parecer tan realista que ni siquiera la mirada curiosa de un miliciano levantaría sospechas. Sus manos trabajaban con precisión. Cada movimiento estaba pensado, cada gesto orientado a no traicionar nerviosismo alguno.

En su cabeza repasaba el camino una y otra vez. La "Plaza" era el punto más peligroso. Allí, donde las multitudes se agolpaban para intercambiar rumores o recibir sus escasas raciones, sería donde estaría más expuesta. Debía sostener la cesta de modo que su peso pareciera natural. La Pequeñica no era ligera, y el contraste entre la pesadez de la estatua y el contenido ligero de una compra normal debía ser disimulado. Marina practicaba caminar con la cesta en su sala de estar. Equilibraba el peso, adaptaba sus pasos hasta que imitaba el andar de una mujer que solo realizaba sus recados diarios.

El 8 de diciembre de 1936 sería el día. Marina había recibido las instrucciones del capellán Antonio Cuesta López, que habían sido tan cifradas y discretas que apenas habían dejado rastro. Sabía que recogería la estatua en el

convento, un lugar que ofrecía seguridad contra saqueadores, pero que al ser utilizado como hospital era un lugar de constante movimiento y observación.

La carga psicológica era lo peor. Marina se miraba al espejo y se obligaba a llevar una máscara de indiferencia. No podía parecer una mujer que tenía en sus manos el destino de la patrona. Tenía que parecer alguien que solo pensaba en la supervivencia del día siguiente. Escondía bajo sus preocupaciones cotidianas una determinación que la sorprendía incluso a ella misma. No era una luchadora de la resistencia en uniforme, era una maestra que había decidido que la historia de su tierra no podía terminar en escombros.

Cuando cayó la tarde del 7 de diciembre, se sentó largo tiempo en la oscuridad. Escuchaba el rugido lejano de los camiones y las voces de aquellos que se habían apoderado de Albox. Esa noche apenas durmió. Cada estallido en la distancia la hacía estremecerse, y cada vez se preguntaba si era el momento en que sería descubierta. Pero su resolución estaba tomada. A la mañana siguiente, cuando el tumulto del mercado fuera más fuerte, saldría. La cesta de la compra estaba lista, una carcasa vacía que en pocas horas se convertiría en el recipiente más importante que esta ciudad hubiera visto jamás.

El camino a través del ojo de la tormenta

El 8 de diciembre de 1936 no fue un día festivo cualquiera de la Inmaculada Concepción. En otros años, el aroma de flores e incienso habría recorrido las calles, acompañado por el solemne tañido de las campanas. Pero en este día, la atmósfera estaba marcada por una pesadez plomiza que cubría el alma de Albox como una mortaja. El mercado estaba a reventar, una mezcla surrealista de personas que intentaban desesperadamente asegurar su pan diario y los milicianos armados, que patrullaban con sus rifles como un cuerpo extraño entre los puestos.

Marina Fernández salió del convento cuando el sol alcanzó el punto más alto de su trayectoria. Su cesta, cubierta con un paño sencillo, no pesaba en su mano como verdura y pan, sino como todo el destino de la ciudad. La Pequeñica, envuelta cuidadosamente en varias capas de lino viejo y oscuro, estaba en el fondo. Para ocultar el contraste, había distribuido por encima una generosa capa de patatas frescas y terrosas y un puñado de judías verdes. El olor de la tierra debía cubrir el aroma pesado, casi dulzón, de madera vieja e incienso que se adhería a la estatua.

Cada paso sobre el empedrado irregular se

sentía como si caminara sobre cristal. La multitud la empujaba por todos lados. Mujeres con pañuelos negros se abrían paso junto a ella, hombres con semblante sombrío discutían en voz baja sobre los informes del frente. Marina mantenía la cabeza baja, su mirada fija en el suelo. No debía mirar a nadie, pues quien se perdía en los ojos de un extraño, se traicionaba a sí mismo. Pero la sensación de que un par de ojos, tal vez la mirada experta de un miliciano, pudiera mirar directamente a través de la cesta hasta su interior, le helaba la sangre en las venas.

Al llegar a la plaza central, el palpitar de su corazón subió hasta su garganta, hasta que pudo escucharlo golpear en sus oídos. Aquí, entre los puestos de mercado improvisados, la presencia de la milicia era más fuerte. Estaban en pequeños grupos, sus botas cubiertas con el polvo de la calle, cigarrillos en la comisura de los labios, mientras sus miradas vagaban por la multitud como focos de búsqueda. Marina intentaba mantener su andar lo más natural posible. Recordaba el entrenamiento en su sala de estar, el equilibrio del peso. No podía tropezar. Un traspié, un impacto, un sonido de madera dura contra piedra, y todo habría estado perdido.

De repente, al doblar la esquina de un establo,

ocurrió lo inevitable. Una patrulla de la milicia, cuatro hombres con uniformes sucios, se abría paso con imprudente prisa a través de la multitud, las voces altas, las risas groseras e indecentes. Marina estaba tan concentrada en proteger su cesta de un golpe accidental que no los vio a tiempo. Chocó casi frontalmente con el miliciano más adelantado.

El shock le recorrió los miembros como una descarga eléctrica. La cesta osciló en su mano, el peso de la estatua pareció multiplicarse por una fracción de segundo, como si quisiera revelarse. Sus rodillas casi ceden. Contuvo el aliento, sus ojos abiertos por el horror, incapaz de articular palabra. El miliciano maldijo en voz alta, un dicho tosco y blasfemo que resonó en toda la plaza. La empujó a un lado, sin dedicarle otra mirada a su rostro, y se abrió paso con sus compañeros, como si ella fuera solo un obstáculo molesto en su camino al poder.

Marina permaneció como petrificada. Su corazón corría como el de un pájaro capturado. Esperaba que se diera la vuelta, que gritara: "¿Quédate ahí! ¿Qué tienes ahí?". Pero no ocurrió nada. La patrulla se alejó, sus voces se desvanecieron en el ruido del mercado. Temblaba con tanta fuerza que apretó sus dedos contra el asa de la cesta hasta casi tener calambres. Había quedado ilesa. ¿El azar, o fue un milagro?, le había

salvado la vida.

Los metros restantes hasta la Calle Escuadra parecieron una eternidad. Cada sombra era una amenaza, cada esquina un nuevo peligro.

Cuando finalmente alcanzó la pesada puerta de madera de la Casa Flora y la dejó cerrarse tras de sí, respiró por primera vez con normalidad.

Apoyó la espalda contra la madera fría de la puerta y escuchó. Fuera, el mercado seguía gritando, el día de la Inmaculada seguía su curso destructivo, pero aquí dentro, en el silencio de su casa, la Pequeñica estaba a salvo. Había llegado. Pero al poner la cesta sobre la mesa y levantar el primer paño, se dio cuenta de que el verdadero escondite apenas comenzaba. Tenía que ponerla en la pared antes de que cayera la noche.

El silencio de la pared

La noche había caído y la oscuridad en la Casa Flora actuaba como un escudo protector viviente. Marina ya no estaba sentada a la mesa; estaba ante una pared discreta en su sala de estar, tras la cual había un hueco que solo la familia conocía. Sus manos, que horas antes habían temblado al contrabandear por el mercado, estaban ahora llenas de una calma casi mecánica. Ya no había espacio para el miedo, solo para la acción.

"¿Escuchas algo fuera?", susurró sin darse la vuelta. Su marido, que estaba con ella, escuchaba con esfuerzo el silencio de la Calle Escuadra. "Solo el viento y el ladrido lejano de un perro", respondió en voz baja. "Las milicias han vuelto a sus alojamientos, pero no podemos perder tiempo".

Con herramientas pesadas que habían envuelto cuidadosamente en trapos para amortiguar cualquier tintineo metálico, comenzaron a romper el enlucido de cal de la pared. Fue un trabajo laborioso. Trabajaron piedra a piedra, ahogando el ruido de la palanca contra la piedra con los latidos de su propio corazón. Cuando cayó el primer trozo de mampostería, dejaron la hornacina al descubierto. El hueco estaba oscuro, polvoriento y olía a encierro de décadas.

Marina tomó el bulto que había liberado de la cesta y lo colocó con delicadeza en un pequeño cofre de hierro forjado. Había limpiado el cofre con sumo cuidado en los días anteriores para asegurarse de que la Pequeñica permaneciera protegida de la humedad de la mampostería. Cuando la estatua descansó dentro de su envoltorio de madera en el cofre, se veía aún más preciosa, casi como un tesoro perdido de un tiempo pasado.

Su marido levantó el cofre con ambas manos y

lo deslizó con cuidado hacia el interior oscuro y polvoriento del hueco de la pared. Cada centímetro que el cofre se deslizaba hacia el interior del muro se sentía como un paso lejos del mundo destructivo de afuera. Cuando estuvo posicionada de forma segura en la hornacina, se miraron. En ese momento fueron conscientes de que la Pequeñica ahora, en su pequeño cofre, rodeada de ladrillos y mortero, encontraría un descanso que el mundo fuera de la Casa Flora le negaba.

Comenzaron a cerrar el muro. Los ladrillos se presionaron firmemente en el mortero, mientras el cofre desaparecía como núcleo silencioso detrás de la nueva pared. Trabajaron con una precisión que solo se alimentaba de la preocupación común por la supervivencia de la estatua. Tras la última capa de cal, la apertura había desaparecido, y con ella también el cofre, que ahora descansaba como una caja fuerte secreta en las profundidades de su casa. Solo cuando movieron el mueble pesado ante el lugar, regresó al cuarto un silencio opresivo, pero necesario.

El legado bajo el suelo

La renovación de la Casa Flora en Albox había sido planeada como un acto de revitalización, un proyecto para transformar los muros viejos en un hogar moderno. Pero en esta sofocante tarde de martes en el año 2026, la alegría naciente por los avances se transformó en un momento de puro horror. Los trabajadores estaban justo en proceso de retirar el solado en el rincón trasero de la sala de estar cuando los cimientos cedieron de repente.

No fue un ceder común; el suelo pareció temblar bajo una carga invisible y se abrió con un crujido seco. El polvo se levantó, un olor mohoso y de décadas invadió el cuarto desde la profundidad. Cuando el polvo se asentó, todos los que estaban en la estancia quedaron paralizados.

Del agujero oscuro sobresalía, como un dedo acusador de un tiempo olvidado, una mano huesuda. El esqueleto, que yacía oculto entre los escombros, parecía un cuerpo extraño en la modernidad de las obras en curso. Entre los dedos amarillentos brillaba algo: un trozo de oro que brillaba en la débil iluminación de la obra como un rayo de sol capturado.

"Santa Madre de Dios", gritó alguien del grupo, y el horror resonó en las paredes desnudas.

"¿Qué es esto? ¿Quién es esto?".

El silencio que siguió fue tan denso que se percibía el murmullo lejano de la ciudad afuera como un eco de otro mundo. El trabajo se detuvo de inmediato. Con manos temblorosas, alguien tomó el teléfono para avisar a la policía. No pasó mucho tiempo hasta que las luces azules de los coches patrulla sumergieron la fachada familiar de la Casa Flora en una luz azul antinatural. Policías uniformados aseguraron el área, mientras un comisario inspeccionaba la fosa con el ceño fruncido. Se arrodilló, comprobó el estado de los huesos y el hallazgo con distancia profesional, pero en su mirada había una profunda inquietud.

En España, donde la historia parecía conservarse en cada capa del suelo, esto no era un hallazgo raro, pero aun así estremecedor. El comisario se levantó, se acarició la barbilla y miró a los presentes. Sabía que aquí no se trataba solo de un esqueleto; las circunstancias, la posición y el oro apuntaban a un pasado profundamente arraigado en Albos.

"Debemos tener cuidado aquí", dijo, su voz era tranquila pero firme. "Esto no es un asunto sencillo para la policía científica. Necesitamos a alguien que reconozca la importancia histórica antes de que destruyamos pruebas o perdamos el contexto". Sacó su radio y dio instrucciones. "Traed a Matteo. El restaurador. Si alguien

conoce las capas ocultas de esta ciudad y las cosas que es mejor no despertar del sueño, es él. Sabe más sobre los secretos bajo nuestros pies que cualquier otro agente de la comisaría".

Los presentes asintieron en silencio. El nombre de Matteo era conocido en Albox, pero nadie había sospechado que su experiencia sería necesaria alguna vez para un legado tan cruel en la Casa Flora.

Mientras esperaban la llegada del restaurador, la atmósfera en la casa cambió. La Casa Flora ya no era solo un lugar de renovación; se había convertido en un archivo del horror que ahora, tras décadas de silencio, finalmente contaba su historia.